



marica

Marica
Putos Mal
2013

X

Ariel Di Paoli

¿Alguien puede decidir ser, por ejemplo, dictador, y no querer parecerse a Hitler, Videla, Bush y tantos otros?

Como poder, sí, puede. Si estamos de acuerdo en que las identidades, en el sentido más amplio posible de la palabra, son una construcción socio-cultural, alguien podría ser “dictador” sin, necesariamente, tener que parecerse a alguno de los próceres de la historia universal. Pero, si alguien decidiera elegir a ese “ser dictador” como eje central de su caja de herramientas identitarias, pasaría su vida explicando que: “yo soy un dictador, pero no soy como todos los otros dictadores. Para mí ser dictador es otra cosa. Yo me apropio del término y lo resignifico, lo hago mío y bla, bla, bla”. Y así por el resto de sus días. Y, sin embargo, y a pesar de que muchxs de nosotrxs luchamos todo el tiempo para poder deconstruir ese imaginario universal que nos implantaron, unx se puede apropiarse del término, pero el concepto, la idea, la imagen mental que nos produce la palabra “dictador” es demasiado fuerte aún, la tenemos, como suele decirse, muy naturalizada.

A mí me pasa eso con la palabra, el concepto, la idea y la imagen mental de “hombre”.

En primera instancia, tendría que pensar en el porqué de la elección del término hombre como parte de mi puesta en escena identitaria. Porque las identidades para mí son eso, por tal razón en algunos momentos y contextos yo soy "Ariel", en otros soy "el periodista", en otros "la marica militante", en otros sólo "la marica", en otros "el hijo", en otros "la amiga" y así hasta el infinito. Mi identidad está construida a base de conceptos, ideas, algunas un poco deconstruidas, otras tal cual me las ofrecieron. El eje identitario que elija en cada ocasión es una decisión política.

Yo creo en eso de que no somos nada sino solo energía y bla, bla, bla. Creo o me gusta, no sé, pero me cabe. La cuestión es que vivimos en un mundo de etiquetas, todo el tiempo. Alguien te ve y ya comienza la construcción de una supuesta identidad, de un supuesto estilo de vida, etc. Entonces, una puede decir "sí, soy eso", o, decir "no, eso no, soy esto". Y eso nos posiciona en el mundo de una determinada manera y no de otra. No se es sola, se es con otrxs. Al menos, para mí.

Por todo esto, en mi caja de herramientas identitarias (el concepto de "caja de herramientas" se me pegó de las ciencias sociales, en ellas nunca me gustó, siempre me pareció burdo, pero, luego de ser deconstruido por mis identidades de "puto militante" y "periodista" combinadas, me parece más simpático) podemos encontrar al puto, al buen alumno, a la trola, a lx introvertidx, etc., pero no al dictador ni al hombre. ¿Para qué?

Yo soy capitalista. Lo soy porque vivo en un sistema político capitalista y no me puedo escapar de él. A veces, me hago la

otra y logro encontrar una pequeña grieta pero, la mayor parte del tiempo, no puedo zafarme del todo. Sin embargo, “capitalista” no está en mi caja de herramientas. Para qué mierda voy a querer deconstruir y reapropiarme de ese término. Fuera, listo. De vez en cuando lo uso como parte de mi identidad “la posmo”, dependiendo del grado de necesidad del lugar en el que me encuentre. Pero no es algo que yo elijo. Y, ese no elegir, es una decisión política que se sustenta en una idea de mundo de mi autoría en el cual “capitalista” es el enemigo (por razones que ya todas conocemos).

Ahora, con el término, concepto, idea, imagen mental “hombre”, me pasa otra cosa.

La verdad es que no sé si será por mi vista de lince o por la educación a los palos que me dieron, pero a esta yo le veo grietas por todos lados. Y me escapo, obvio. ¿Por qué me quedaría?

Ser puto siempre fue ser “poco hombre”, y yo quiero ser mucho, muchoooo de todo ¡es mi sueño de toda la vida!

Además, tendría que sacarme de encima a “el sujeto universal”, “el poder”, “el soldado”, “el golpeador”, “el padre”, “el dictador” (muy posiblemente), “el ejemplo”, “el macho”, “el hincha de fútbol”, “la ciencia”, “la política”, a todos los hombres malos de la historia, etc.

¿Para qué? No lo quiero.

Si ser hombre significa tener pene (y se nos caen años de feminismo encima, aunque no quieran aceptarlo), entonces, yo no

tengo pene, tengo otra cosa, un pituti entre las piernas, total, a esta altura unx puede deconstruir casi todo, si quiere. No soy hombre, no tengo pene, soy puti y tengo un pituti. ¡¡¡Hasta rima!!!

Ser hombre es aburrido. Otras identidades pueden usar la ropa que les plazca, pero los hombres solo usan ropa de hombre. No conozco a ningún hombre que tenga como prenda diaria algún vestido o alguna pollera. Podríamos discutir si las polleras son solo para “mujeres” y qué significa eso, pero no viene al caso. Para otro zine. Yo creo que las polleras no son sólo para “mujeres”, pero la política masculina deja bien en claro que las polleras no forman parte de su gigante y más completa... caja de herramientas, jijiji.

¿Por qué alguien puede decidir no nombrarse como capitalista, aunque la mayoría de sus prácticas lo sean, a su pesar (recordemos que es una decisión política), y no puede dejar de nombrarse “hombre”, aunque luche para que sus prácticas no sean iguales a las del resto de “los hombres”? No sé, a mí me parece un poco contradictorio, raro. No es el término “hombre” en sí, sino la decisión política involucrada. El porqué.

Cuando alguien dice “los hombres esto” o “los hombres aquello” y yo no me veo a mí involucradx, no veo a mis amiguis involucradxs, sino que veo a “los hombres”, me siento bien.

Cuando alguien me ve por la calle y me grita “puto”, me siento bien, porque esa persona entendió todo, ya que cuando esto pasa, en general los que gritan son hombres y el “puto” viene a

empujarme fuera de su propia categoría “los hombres”. Si eso no es tener suerte en la vida ¡¿qué es la suerte?!

TRANS AS FOLK
Francisco A. Sfeir

Muchas veces escuché la pregunta de si se nace o se hace homosexual... La verdad no lo sé, sin embargo, aprendí y aprendo a serlo. Tal vez mi construcción identitaria resulta distinta a las construcciones gay imaginadas.

Nací “diferente” a los tipos que un* por lo general conoce... Nací con concha, con ovarios, con tetas, y también con una herencia que estaba mucho antes de que yo apareciera, esa de cómo sé es mujer en nuestra sociedad.

Lesbiana, machona, trola, camionera, butch, chonga, que no tocaba a un hombre ni con un puntero láser (aunque los deseará en silencio); Así transcurrí mis años de secundaria, como una verdadera torta, todo un ejemplar... PERO, no estaba todo bien, había incomodidades, un dolor en el pecho, en un órgano que no aparece en los libros de biología ni en una radiografía, ese órgano imaginario donde creo que se esconde el género. Por así decirlo no me tocaba ni me dejaba tocar, nunca me proyecté siendo esa persona. Algo no cerraba, no cuadraba.

Todo esto lo pude dimensionar cuando conocí a un chico trans. En ese momento yo militaba en una colectiva feminista, y él vino a pedirnos ayuda. Nos contó su vida, qué sentía, qué sintió, las situaciones por las que pasó, todo. En cada recuerdo que compartía, otros me venían a mi mente, y cuerpo. Era algo nuevo,

si bien yo ya conocía “lo trans” por fuentes medicas (esas, las más accesibles a la ignorancia) desde ese día conocí la otra versión, la fuente más fiable, la que siente y pasa por el cuerpo. Al sumergirme en esta comunidad, conocí gente lista para ayudar, enseñar y aprender, toda una colectiva a la cual me sume.

Fue todo un dilema empezar a construir mi masculinidad, ¿Cómo crear una masculinidad, que cuadre a mis ideologías feministas, a mis sentires y a mi cuerpo (que tiene miedo y dudas a la ahora de ser cortado por bisturís)?

Aún esa construcción no está terminada, y no lo va a estar hasta que me muera, porque es algo que no para, que no deja de ser, ni de edificarse. Qué está presente en cada acto, cada palabra, cada pensamiento...

En esa masculinidad, existe mi putes.

No fue para nada fácil, no me pude pensar con un hombre hasta que conocí a mi actual pareja. Nos conocimos en un encuentro de pibes trans y me enamoré de pies a cabeza. Lamentablemente no podía dejar mi prejuicio de lado:

¡¡Nunca había estado con un hombre!!

¿Cómo me lo encaro? ¿Cómo se besa a un tipo, yo siendo tipo? ¿Cómo se toca, dónde se toca? ¿Qué se dice, qué no? Miles de preguntas me invadieron.

Por suerte el deseo no se dejó atormentar y surgió, tan inexpertamente, bello y divertido.

Ya el panorama volvía a cambiar, ya no era sólo un “hombre” con tetas, conchas, ovarios y ex-lesbiana (y no tan ex), sino que me gustaban los hombres. Lo más raro es que me convertí en puto

mucho después de dejarme llevar por el deseo. Tuve que aprender, que leer, observar, decodificar, entender, pensar y descubrir una cultura con códigos, lenguaje, corporalidades, clasificaciones, costumbres y gustos totalmente nuevos para mí, y eso aprendido adquirirlo como construcción propia.

No es fácil ser un tipo trans gay, no lo es con nuestros pares trans, ni con los gay cissexuales. La homofobia y transfobia no descansa. Nunca faltan preguntas incómodas o rechazos de nuestros compañeros trans. No es fácil construir una masculinidad cuando ser gay en nuestra cultura no es ser masculino. Tampoco es fácil construir una identidad gay, cuando ser trans implica una corporalidad, un pasado, unos detalles, que no es de un hombre.

Aunque tenga todos los “peros” del mundo me resulta irónico haber transitado/traspasado la frontera de los géneros y seguir pensando/me, (con) un género y una sexualidad determinada. Hoy en día tal vez puedo decir que lo que me incentivó a ser libre y feliz fue ni más ni menos que el deseo.

LA CANCHITA

Alejandro Paiva

Tincho se la pasa al Nico, que corre como loco entre los pibes hasta que El Juani le mete la pata y El Nico da media vuelta en el aire. Un poco la actua El Nico. La mayoría tiene pantalones cortitos. Uno, incluso, tiene de esos pantaloncitos viejos que usaban los jugadores profesionales, que apenas llega debajo de la cola. En algún momento alguno le manotea el culo para sacarle la pelota - porque esos roces y toqueteos están permitidos en el marco del deporte o de las luchas, aunque descontextualizados serían una depravación inmoral -, entonces el pantaloncito se le levanta y se puede ver su cachete pálido y lampiño.

Yo los miro mientras corren, sentada en el borde de la cancha. Muy pocas veces tengo ganas de jugar, eso sólo pasa cuando falta alguien y es muy urgente que esté en un equipo. En vez de eso, prefiero ver el espectáculo de piernas incipientemente peludas, moviéndose por el impacto de los trotes. Ver los cuerpos transpirados que se rozan, húmedos, líquidamente calientes. Esos cuerpos que se empujan y golpean mientras suspiran de cansancio.

Algunas veces papá se enoja porque no quiero jugar y me grita: “¡Dejá de mariconear! Si no querés jugar bien andate a jugar con las nenas”. Entiendo muy bien que lo dice porque está

irritado y me quiere insultar. Pero lo que no entiendo es porqué ser maricón y estar con las nenas ES un insulto. Me gusta correr, sí, y trepar árboles y jugar a que somos animales salvajes, gritamos y nos peleamos. También me gusta ver novelas con mamá después que almorzamos, tomando mates mientras ella ordena o hace alguna otra cosa. O jugar con la ropa de ella, ponerme sus polleras o sus zapatos. La ropa de ella es más divertida que la de él. Pero todos me decían que debía ser un hombre. Y eso implicaba: Vestir ropa de hombre - es decir, usar los zapatos de papá o sus botines de fútbol, etc -, ser desprolijo, sucio y violento, ser fuerte y no mostrar sensibilidad (porque los niños no lloran, no cantan mientras bailan, los niños no bailan, los niños no usan demasiados colores llamativos, los niños no son llamativos, los niños no se conmueven, los niños no quieren escribir poemas, los niños no dibujan corazoncitos y los pintan de rosa, los niños no pintan ni usan colores, los niños no exploran sus cuerpo porque sus cuerpos son toscos, los niños no son flexibles, los niños son violentos, competitivos, triunfadores, protectores, orgullosos, los niños no son frágiles damiselas en peligros, los niños son príncipes que viajan kilómetro y kilómetros arriba de un caballo para rescatar a su princesa). Tenía que ser un macho.

Un poco les creí en algún momento. Empecé a pensar que estar sentada mirando a los pibes del barrio se me iba a pasar. Cuando sea grande ya no voy a estar sentada, pensaba, seguro voy a ser padre y le voy a enseñar a mi hijo cómo se hace para ser macho. Pero era tan lindo ir todos los domingos a la cancha, sentarme en alguna piedra o en el pastito y mirar el espectáculo

de bultos diciendo que sí al compás de los trotes. Bultos de todas las formas, colores y tamaños que eran presas de la gravedad. Era una especie de Newton, recostado sobre un árbol observando ese hermoso fenómeno físico: pitos que a veces se paraban de tanto roce, que se iban a uno u otro lado de los pantaloncitos.

¿Qué es lo que tiene de malo que me guste mirar a los chicos mientras juegan al fútbol y no a las nenas? Ellas me parecían divertidas, incluso algunas me parecían lindas, pero no me generaban lo mismo que ellos cuando corrían y los músculos de las piernas se les hinchaban, se llenaban de sangre y se ponían rojas, casi por explotar.

Mamá me enseñó a tejer y a coser. También me enseñó a cocinar algunas comidas, como torta fritas, por ejemplo. A la tarde, en los días de semana, tomábamos mate y mirábamos la novela juntas. *Amor Real*, *Pasión de Gavilanes*, *María La del Barrio*, *Café con aroma de Mujer*, *Rosalinda*, *Rubí*, *El Clon*, *Carita de Ángel*, *Luz Clarita*, *Mi gorda bella*, *Amigas y Rivales*, *Muñeca Brava*, *Amor Gitano*, *Terra Nostra* y todas las novelas históricas brasileras que vienen a partir de ese momento. A veces, llegábamos a ver dos o tres novelas seguidas. Creo que en algún momento fantasee con ser guionista para escribir novelas y no hacerlas tan predecibles, más que nada a las venezolanas que eran tan pasionalmente excéntricas y extremistas. Cuando mamá se perdía algún capítulo yo le contaba con lujo de detalle todo lo que había pasado. Me emocionaba mucho cuando revivía el capítulo y no podía dejar de opinar sobre lo tonta que era la protagonista por ser tan buena o lo idiota del galán por no

darse cuenta que el embarazo de la mala era mentira (hasta yo podía notar que la panza era en verdad una almohada). Pero cuando pasaba algún momento de intimidad entre los protagonistas tenía que retener mi emoción. No podía dejar ver que, en realidad, siempre deseaba estar con el galán de la novela. Incluso algunas veces creo que soñaba con ellos. Él venía a rescatarme de la pobreza. Él me protegía y me rodeaba con sus brazos fuertes y cálidos. Yo era ella. Dulce, tierna y frágil, tan maternal, necesitando de la ayuda de él para ser feliz, verdaderamente feliz. Siempre necesitando de él.

Me costó mucho trabajo llevar adelante ese personaje que esperaban de mí. Mi papá y mi mamá querían que sea un hombre fuerte, valiente y poderoso. Pero no soy hombre, por todo lo que eso implica. Los hombres son ellos, que me intentaban obligar a no ser marica. Ellos que me decían que por tener pito tenía que ser fuerte, rudo, penetrante, inteligente y dominante. Ellos que podían sodomizar y subordinar al mundo. No quiero ser hombre. Prefiero ir a la canchita a ver como esos bultos perfectos y angelicales, se mueven ondulantes en una coreografía que me hace pensar en El lago de los cisnes. Presas de la gravedad, de los trotes, de los golpes de esas piernas.

IRSE CON LAS AMIGAS

Nicolás Cuello

Cuando pensé en esta pregunta que circulaba entre nosotrxs sobre por qué NO somos hombres pensé en eso que entendemos con mis amigxs que hacemos algunxs putos: fugar de la trampa binómica del género. Pero mientras más repetía la pregunta, y le daba mayor espacio en mi, hubo otra serie de asociaciones que también tuvieron lugar. Como lo personal es político, dicen las guerreras, elijo compartirlo.

Durante todo el transcurso de mi infancia fui sometido a un grupo de preguntas específicas e insistentes: Pero vos...¿Sos hombre o no? ¿Qué te pasa, sos puto? ¿Qué sos, maricon que lloras tanto? ¿Cuándo va a ser el día que te hagas macho? y ¿Por qué no pones los huevos sobre la mesa y haces lo que tenés que hacer? ¿Cuándo te vas a defender? Esas eran las preguntas mas rankeadas que funcionaban como eco en una comunicación llena de resentimiento entre mi papá y yo, pero también con los demas hombres que me rodeaban (pequeños hombres en formación en la institución escolar, club, barrio, etc). Hoy el panorama es otro, pero en aquel entonces en mi vínculo con los hombres siempre, como un ruido eterno me reunían estas heridas. La prueba, la explicación fáctica del por qué de mis acciones y la

construcción de mi cuerpo, las elecciones estéticas que hacía para mí mismo, y el examen y la rendición de cuentas de por qué no podía alcanzar a comportarme como debía hacerlo: como hombre. Nada de lo que hacía, ni de lo que pensaba, ni de lo que soñaba en voz alta, me hacía un hombre. Fueron muchos años de sentirme frustrado porque jamás pude ocupar el lugar que debía, nunca pude colmar expectativas, y no tuve oportunidad de ser algo más que una proyección. El cúmulo del pasado frustrado ajeno. Cuerpo dócil al que nunca le preguntaron sobre su deseo.

Ahí empieza mi fuga.

Escapar a esto empezó con mucho silencio, y ensimismamiento. Mucho tiempo conmigo mismo, pensando, y preguntándome a más no poder. Caminos llenos de cosas que no me afectaban en nada, quedaban atrás. Perdí mis primeros amores escondidos atrás de la imagen de “mi mejor amigo”, perdí compañía, recuerdos, y alguna que otra experiencia que funda lo común de la niñez. Pero lo más importante para mí en esos años fueron mis renunciaciones. Renuncie sin vuelta atrás a ese ejercicio de masculinidad hegemónica que jamás pude poner práctica, y que siempre deteste; renuncié a comer carne y deje atrás todo ese capital cultural de transferencia que hay entre los machos y su comida, su asado tradicional; renuncié a la vulgaridad de esa adolescencia marcada por la nada, por el deporte vacío, por la lógica de la competencia y de la demostración acompañada de la destrucción ajena; renuncié a muchas palabras y a muchas personas. Y cada vez mientras más crecía fui menos hombre. Todo lo que elegía me mostraba otra dirección.

Después de todo este tiempo aprendí por qué yo no soy hombre, y nunca quise, ni deseo serlo: porque no ocupo ese lugar en la sociedad heterosexual, y no me interesan sus privilegios. Ni mi deseo ni mi cuerpo, ni mis ideas, ni mis sueños, nada de esto, tiene que ver con ser hombre. No soy parte de la épica del macho alfa héroe, de su pragmaticidad y habilidades resolutivas, de sus costumbres y tradiciones. No soy parte de ese pacto de transferencia del poder. No formo alianzas con esos ejercicios fascistas de llamado al orden. No soy cómplice de esas violencias constantes que arrojan las masculinidades en este mundo. Por eso no soy hombre. Porque renuncie a la violencia como único lenguaje, a la agresividad y la imposición como gesto continuo, y a la soberbia del derecho por el solo hecho de tener un pene. No me interesa nada de esto. No soy un hombre, porque los hombres creen ser el único sujeto de la historia a fuerza de silenciar toda expresión de vida que no sean ellos mismos. No soy un hombre porque no considero inferior, ni reprimo la feminidad ajena, ni la propia. Porque no me interesan los legados, las herencias, el orden absoluto, ni la reproducción como fin último. No soy hombre porque los hombres se otorgan el don de la palabra, la totalidad del saber, y sobreestiman cada una de sus experiencias en detrimento de cualquier otro sujeto /sujeta. No soy un hombre porque los hombres censuran el placer anal y yo estoy orgulloso de mi culo y de todo lo que me hace sentir. No soy hombre porque ser hombre en esta sociedad compulsiva y violentamente heterosexual, significa un deseo que no pronuncia mi existencia, no me da lugar, ni genera la posibilidad del desarrollo de ninguna de mis potencias ni mis

afectos. No soy hombre porque no quiero ser jefe de familia, porque la familia que tengo es constelativa, crece día a día, y en ella aprendo a ser libre de forma colectiva con mis amigas. Y finalmente no soy hombre porque a diferencia de años de disciplina y silenciamiento, me interesa recuperar la sensibilidad como forma de habitar el mundo, la fantasía constante de la amistad desenfrenada y revuelta, la delicadeza de la forma curva de mi cuerpo, y mi fragilidad, porque no necesito fingir que puedo con todo.

QUEERS ARE JUST BETTER

Ulises Rojas

Calle siete a la hora del almuerzo es un mar de bultos, de todas las formas, tamaños, colores, es un enjambre de esos hombres que nunca quisiera ser pero con los que sí me acostaría, para ver qué tan configuradas culminaron sus mentes, y aun así logrará “sodomizarlos”, volverlos sumisos y esclavos del deseo, aun así, la heterosexualidad obligatoria no dejaría de invadirles lo cotidiano, el cuerpo, la cabeza, aun así seguirían siendo heterosexuales. Hace un tiempo que vengo pensando en lo loco de a pesar de que uno sea puti, torta, bi, pan, trans, trava, intersex, o lo que sea, no te quita de reproducir las lógicas de la heterosexualidad obligatoria, del patriarcado y el machismo.

Vuelvo a caminar por calle siete y esos hombres caminan, apurados, me gusta mirarlos a los ojos y que se den cuenta de que los estoy mirando fijo, de que los veo a los ojos y a pesar de que me confunda entre la multitud no soy como ellos. Algunos se dan cuenta, no tardan en poner su cara de espanto, de sorpresa, de mostrar su virilidad al instante para que no quepa duda de que son bien machos, de esos machos que dieron forma a la visión de mundo que muchos, muchas y muchos toman por verdad.

En todas partes veo los distintos mecanismos impregnados de políticas que les moldearon la vida, desde la forma en que

caminan, mueven las manos, hablan, la ropa que llevan, desde niños aprendieron, como también me educaron a mí bajo esas normas, de que el niño que se emparenta con una mujer es algo despreciable, lo mismo sucede si sos una mujer que no responde a las normas de la heteronorma.

La moral católica, heterosexual y machista nos va enseñando a odiar, a odiarnos desde muy temprana edad. Nos van perforando y no es placentero, para que todo eso que en verdad importa, sea lo secundario, y que lo demás siempre sea más fuerte.

Sigo caminando y como decía Chavela, siento que “vengo de un mundo raro”, me pongo extremo y me molesta, me jode la típica “con los putos todo bien”, “tengo un amigo” y “lucho contra la heterosexualidad obligatoria pero me sigo definiendo heterosexual” al final de todo eso las prácticas se equiparan igual que todos esos bultos que siguen perpetuando las bases de la sociedad.

Calle siete a la hora del almuerzo es un mar de hombres y mujeres, pero también están lxs mutantes.

Entonces yo no soy un hombre, no soy ese hombre moderno, ese posmoderno, ese de occidente, que discrimina desde el lenguaje, donde él es el único que puede crear, y les demás sólo reproducir sus lógicas.

Esos señores padres de la democracia burguesa, creadores de lecturas del mundo. Padres del capitalismo, de la globalización. Su lectura de mundo no me representa pero si me repercute, y lucho contra ella.

Por eso les haría un masaje de próstata, les daría placer.

Aunque mi placer les moleste, les de asco, les sea extraño. Pero que mi placer exista, y también mi putez. Y ser todo lo puta que yo quiera. Quiero mucho placer. Porque limitar el placer y prohibirlo es de ellos. Prohibir el placer, estigmatizarlo es machismo, es patriarcado.



Putos Mal

La Plata - 2013